

“DOS SOLES DE POESÍA”:
LUPERCIO Y BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA

Aurora EGIDO*

RESUMEN.— Partiendo del estudio de la publicación conjunta de la obra poética de los hermanos Argensola en las *Rimas* de 1634, que corroboró en la imprenta la inseparable unión de ambos en vida, obra y fama póstuma, se analiza la formación, las circunstancias biográficas y los principios humanísticos que constituyeron el cañamazo de su labor historiográfica y literaria. El repaso de la obra singular de cada uno de ellos permite vislumbrar el hondo calado que esta habría de tener en la literatura aragonesa posterior, representada simbólicamente en la visita del joven Baltasar Gracián al museo de Bartolomé Leonardo en Zaragoza. Se publica la *Oración latina* que la Academia de los Ociosos hizo a la muerte de Lupercio Leonardo de Argensola en Nápoles.

ABSTRACT.— Based on the study of the joint publication of the poetic works by the Argensola brothers in *Rimas*, 1634, which corroborated in the press the inseparable union of both in life, work and posthumous fame, the education, biographical circumstances and humanistic principles that constituted the canvas for their historiographic and literary work are analysed. The review of the singular work of each one of them helps envisage the great significance that this would have had in subsequent Aragonese literature, represented symbolically in the visit by the young Baltasar Gracián to the museum of Bartolomé Leonardo

* Universidad de Zaragoza.

in Zaragoza. The *Oración latina* made by the Accademia degli Oziosi in Naples at Lupercio Leonardo de Argensola's death is published.

Serán testigos desto dos hermanos,
dos luceros, dos soles de poesía
a quien el cielo, con abiertas manos,
dio cuanto ingenio y arte dar podía.

Miguel de Cervantes, *La Galatea*

La doble ascunción solar con la que Cervantes bautizó a los hermanos Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola en el “Canto de Calíope” no fue arbitraria.¹ Pensemos que, más allá de su relación familiar y cuanto ella significó, por su prosapia, la vida en común de estos dos hermanos y sobre todo el hecho de que sus *Rimas* salieran conjuntamente en 1634 les facilitó un mismo destino en la recepción literaria.² En ese sentido, la presencia de ambos en la *Agudeza y arte de ingenio* de Baltasar Gracián los consolidó dentro de un canon conceptual que conviene tener muy en cuenta a la hora de valorarlos.³ Por otro lado, no debemos olvidar que el aristocratismo que caracterizó su razón vital y hasta su postura poética tenía su origen en la doble ascendencia de

¹ Este trabajo corresponde a la conferencia organizada por el Instituto de Estudios Altoaragoneses en la UNED de Barbastro el 27 de noviembre de 2009, día en el que se inició la celebración del 450º aniversario del nacimiento de Lupercio Leonardo de Argensola. De ahí su carácter general y divulgativo. Se inserta en el proyecto HUM 2006-09749 del Ministerio de Ciencia y Tecnología, que dirigimos actualmente.

² Para una visión de conjunto, son fundamentales Otis H. GREEN, *Vida y obras de Lupercio Leonardo de Argensola*, Zaragoza, IFC, 1945; Lupercio LEONARDO DE ARGENSOLA, *Rimas*, ed. de José Manuel Bleuca, Madrid, Espasa-Calpe, 1972, y Bartolomé LEONARDO DE ARGENSOLA, *Rimas*, ed. de José Manuel Bleuca, 2 vols., Madrid, Espasa-Calpe, 1974, por las que citaremos (Bleuca había publicado previamente la edición de las *Rimas* de Lupercio LEONARDO DE ARGENSOLA en Zaragoza, 1950-1951, en dos volúmenes). También es digna de consideración la edición de *Algunas obras satíricas inéditas de Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola*, del conde de la Viñaza, Zaragoza, Hospital Provincial, 1887, y, del mismo, *Obras sueltas de Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola*, Madrid, Tello, 1889, en dos volúmenes. Y véase Aurora EGIDO, “La literatura en Aragón. De los orígenes a finales del siglo XVIII”, en *Enciclopedia temática de Aragón*, 7, Zaragoza, Moncayo, 1988, cap. v, así como el *Bosquejo para una historia del teatro en Aragón*, Zaragoza, IFC, 1987. No deja de ser curioso el silencio que ha pesado sobre un tercer hermano, Pedro Leonardo de Argensola, nacido también en Barbastro y así mismo poeta, que fue maestro en las provincias de Aragón y de Castilla y que llegó a ser provincial de Indias. Hay unos dísticos suyos en la *Relación de las fiestas de San Jacinto* (1591).

³ Aurora EGIDO, “Horacio y Gracián: ponderación crítica del *Beatus ille*”, en Martin BAXMEYER, Michaela PETERS y Ursel SCHAUB (eds.), *El sabio y el ocio. Zu Gelehrsamkeit und Musse in der spanischen Literatur und Kultur des Siglo de Oro. Festschrift für Christoph Strosetzki zum 60. Geburtstag*, Tübinga, Gunter Narr, 2009, pp. 19-38.

estos hermanos, que provenían, por línea paterna, de los Leonardo de Rávena, venidos a España en la época de los Reyes Católicos, y, por parte materna, de la nobleza catalana de los Argensola. Aparte cabe considerar también su ascendencia judeoconversa, pues nacieron en el seno de la familia señera de los Santángel, así como la vinculación de su abuelo con los Villahermosa y la de su padre con la emperatriz doña María, viuda de Maximiliano I y hermana de Felipe II, a la que este sirvió en Alemania; circunstancia, esta, que tantas puertas les abriría a lo largo de su vida.⁴

La susodicha alusión cervantina, que homologó tempranamente la figura de los Argensola a “dos soles de poesía”, no fue la única, pues su nombre brilló también en el *Quijote* y en el *Viaje del Parnaso*, así como en otras obras; entre ellas, las *Diversas rimas* (Madrid, 1591) de Vicente Espinel, *La hermosura de Angélica con otras diversas rimas* (Madrid, 1602) de Lope de Vega o la ya mencionada *Agudeza y El Criticón* de Baltasar Gracián.⁵

Cuando el hijo de Lupercio, Gabriel Leonardo de Albión, contraviniendo aparentemente la voluntad de su padre y de su tío, ya fallecidos, dio los versos de ambos a las prensas zaragozanas, iniciaba una andadura editorial que, pese a la necesidad evidente de deslindar la figura de cada uno de ellos, sigue teniendo el reclamo de una visión conjunta o cuando menos paralela de su obra. Pues, en efecto, hablar de los Argensola forma parte de una historia literaria común, que los sintió y siente adalides de un clasicismo español ejercitado contra viento y marea lejos de las corrientes poéticas al uso.

Gabriel Leonardo hablaba, al frente de esa edición, del pudor que suponía para él dar a la stampa unas obras que apenas si habían tenido otro horizonte que el de “ejercitar el ingenio”, con todo lo que suponía, desde el punto de vista editorial, hacer públicas “obras manuscritas que no se reciben de sus autores”.⁶ Pues, en efecto, el

⁴ Véase por extenso Bartolomé LEONARDO DE ARGENSOLA, *Alteraciones populares de Zaragoza. Año 1591*, ed., est. y notas de Gregorio Colás Latorre, Zaragoza, IFC, 1996.

⁵ Aparte habría que considerar las referencias de Cristóbal de Mesa, Álvaro de Albión, Juan Francisco Andrés de Uztaroz y muchos otros que elogiaron la obra de los dos hermanos. En relación con los estudios sobre ambos, véase José SIMÓN DÍAZ, *BLH*, XIII, n.º 1757 y ss. para Bartolomé Leonardo, y 1895 y ss. para Lupercio. El conde de la Viñaza, en *Algunas obras satíricas inéditas*, cit., ya señaló las alabanzas que Pellicer, Saavedra Fajardo, Nicolás Antonio y otros hicieron de ambos.

⁶ Manejamos el ejemplar de la Biblioteca Nacional de España USOZ-2812, *Rimas de Lupercio, i del doctor Bartolomé Leonardo de Argensola*, Zaragoza, Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia, 1634. A la portada sigue un rico grabado en el que figura Lupercio como secretario y Bartolomé como capellán, ambos al servicio

celoso sobrino e hijo trataba de restituir “a la verdad de sus originales” unos versos que no habían recibido en algunos casos la última mano.

El enjundioso volumen de las *Rimas* de 1634, engalanado con su frontispicio y medio millar de páginas en octavo, se presentó con una clara proyección bifronte, tan aragonesa como nacional, patente en los preliminares y en la dedicatoria real.⁷ Saltaba a la vista, sin embargo, el desigual volumen que las obras de Lupercio, con 146 páginas, representaban respecto a las de su hermano, con 352.⁸ Aparte habría que considerar las diferencias notables que, pese a las semejanzas elocutivas y temáticas, representa la poesía de cada uno de ellos, habida cuenta del distinto peso que tienen en uno y otro la temática amorosa, la religiosa y las epístolas morales.

Al salir a la luz pública las *Rimas* se rompía la muralla de silencio que sus autores habían puesto en vida a su obra poética, impidiendo se imprimiera en su conjunto y aun instigando y procediendo en ocasiones a su desaparición. Se trataba de una postura muy vinculada a la tradición clásica horaciana y a unos resortes de circulación manuscrita alejados de la proyección que daba la imprenta. Además Lupercio, como tantos otros humanistas, consideró la poesía ocupación circunstancial, aunque —al igual que ocurre con las “obrecillas” que se le cayeron de la mano a fray Luis de León— no debemos tomar al pie de la letra semejantes afirmaciones. La propia tradición aragonesa, desde el *Cancionero* de Pedro Manuel de Urrea, ofrecía, por otro lado, antecedentes relativos al miedo de verse en estampa, corriendo de mano en mano y sin control alguno. Minimizar la obra propia, limarla y perfeccionarla cada día o hacerla desaparecer es una poética como otra cualquiera, con clara raigambre clásica y humanística, que conviene tratar con evidentes cautelas. Los Argensola no tuvieron ningún

de la emperatriz María. También se hace constar que el segundo era canónigo de la Santa Iglesia de Zaragoza. Los dos figuran igualmente como cronistas del Reino de Aragón. El editor, Gabriel Leonardo, dedicó el libro al rey Felipe IV de Castilla y III de Aragón, vale decir, a la más alta instancia y en su doble condición topográfica.

⁷ Téngase en cuenta que, pese al pie de imprenta zaragozano, los preliminares van firmados en Madrid, salvo dos aprobaciones, la licencia y el privilegio de impresión. También lleva un soneto de Francisco de Sayas que lo vincula a Aragón, junto a otros testimonios a los que aludiremos. Como ocurre con algunas dedicatorias de Gracián, se trata de un libro que, al elevarse a la persona real, busca en ella la máxima protección.

⁸ En el cómputo habría que descontar algunos poemas intercalados de otros autores, como ocurre con el príncipe de Esquilache (pp. 285-290), el padre Luis de la Cerda (p. 487) o fray Jerónimo de San José (p. 491). Cabría destacar igualmente la elegía que Francisco Diego de Sayas escribió a la muerte de Bartolomé y que ocupa las páginas 149-155. En realidad son como dos libros en uno, pues la poesía de cada hermano lleva incluso su propio índice de primeros versos, con declaración del tipo de estrofa.

empacho en publicar poemas en obras ajenas ni en difundir sus versos oralmente o por escrito y hasta improvisarlos cuando lo demandaba la ocasión. Recordemos que Bartolomé Leonardo fue un gran improvisador o poeta de repente, como se decía entonces. Pero además es obvio que el buen canónigo debió de tener in mente, como le ocurriera a Góngora en sus últimos años, la idea de que sus versos no desaparecieran con él. Aparte de que Martín Miguel Navarro, su comentarista, mostrara una misma línea de pervivencia que finalmente cristalizó en las *Rimas* de 1634, publicadas en Zaragoza y luego convertidas en el mejor regalo que cualquier poeta aragonés premiado recibía en los certámenes al uso.

El hecho de que Lupercio quemara en Nápoles algunos manuscritos, tal y como confesó a don Fernando de Ávila su propio hermano Bartolomé, puede que fuera producto de un rigor excesivo a la hora de juzgar lo que allí había escrito, pero ello no quita que haya permanecido de él un corpus suficiente que lo sitúa con dignidad cuantitativa y cualitativa en la historia de la poesía de su tiempo.⁹ Lo cierto es que “los Horacios de España”, como los llamara Menéndez Pelayo, fueron reticentes a la escritura fácil, avalando siempre el ejercicio de la lima constante, que, a juicio de Lupercio, obligaba a borrar y volver a escribir lo escrito, evitando siempre las improvisaciones. Contención muy acorde con el sentido ocioso y circunstancial que tenía para ambos la poesía, vinculada, eso sí, a una *otium cum dignitate* o retiro digno, que, como el que el propio Lupercio recreó en los tercetos dedicados al *Aranjuez del alma* de fray Juan de Tolosa, se identificaba con la recreación de un paraíso cerrado lleno de cultura en el que el poeta se entregaba a una labor rigurosa y elaboradísima.

Sin entrar en las complejas cuestiones de crítica textual relacionadas con las *Rimas* de 1634, lo que sí nos interesa recalcar es la prédica horaciana con la que Gabriel Leonardo las sacó, haciendo constar en el prólogo el doble beneficio de las mismas, tratando de aportar un “nuevo gusto y una nueva utilidad” (p. 29) con ellas.¹⁰

⁹ Para los poemas que se quedaron en España, Otis H. GREEN, óp. cit., pp. 154 y ss. Y véase la introducción citada de José Manuel Bleuca a sus respectivas *Rimas*. La severidad de Lupercio frente a sus escritos fue mayor que la de Bartolomé, como ya viera Juan Francisco Andrés de Uztarroz, pues del primero conservamos menos obra, aparte, claro está, de que el segundo viviera más años.

¹⁰ Sobre el par horaciano *delectare/prodesse* véase nuestro trabajo en prensa “El gusto de don Quijote y el placer del autor y de los lectores”, en *VII Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas (Universidad de Münster, del 30 de septiembre al 4 de octubre de 2009)*. Para las cuestiones de crítica textual relativas a los ejemplares de las *Rimas* habrá que esperar al estudio de Trevor Dadson que publicará próximamente la Institución Fernando el Católico.

De ese modo, el deleite y el provecho, unidos a la novedad, aparecían en el umbral de un libro que proclamaba “la candidez de ánimo de ambos hermanos”, incluso en lo satírico.¹¹

Ya en la aprobación de Lorenzo van der Hammen, hijo del conocido pintor Juan van der Hammen, se resaltaba la utilidad de un libro que salía a contracorriente, mientras las aguas de la poesía española corrían por unos cauces gongorinos que también discurrían con fuerza por los predios aragoneses.¹² Pero en dicha aprobación se decía algo más que conviene tener en cuenta, pues la evidencia de que los Argensola eran “lustre” de Aragón no quitaba, a juicio del mencionado Lorenzo van der Hammen, que fueran honra de Castilla, tanto en su poesía como en su prosa, calificada además de esplendor de la lengua castellana por “lo erudito, lo puro, lo acendrado y perfecto que se halla en ella” (p. 4). En cuanto a Lope de Vega, que también aprobó la edición, su alabanza redundaba en esa misma idea, nacional y regional, que implicaban sus versos, pues, sin renunciar a lo aragonés, se alzaban a mayores empleos:

Fue discreto acuerdo imprimirlos juntos, porque pudiesen competir, aunque hermanos, pues no hallarán quien se opusiera a tanta erudición, gravedad y dulzura: antes parece que vinieron de Aragón a reformar en nuestros poetas la lengua castellana, que padece por novedad frasis horribles, con que más se confunde que se ilustra. (p. 6)

Así las cosas, Lope aprovechaba el momento para llevar las aguas a su molino y hacer con los Argensola aquello que Quevedo hiciera con las *Poesías* de fray Luis de León. Esto es, encarecerlas y esgrimir las como modelo de la auténtica poesía; terreno en el que el propio Lope situaba la suya, como quien levanta una bandera propia contra las huestes de don Luis de Góngora. A pesar de todo, su clasicismo permaneció incólume a través de los siglos, y en ocasiones fue esgrimido desde un uso partidista,

¹¹ Esa asunción de una hermandad que los hacía, respecto al estilo, “tan iguales como en la sangre” se repitió en las *Rimas* de Lupercio Leonardo, Madrid, Imprenta Real, 1804, pp. 9 y ss., en el prólogo, sin firma, del editor.

¹² Véase nuestro estudio *La poesía aragonesa del siglo XVII (raíces culteranas)*, Zaragoza, IFC, 1979. Sobre la recepción de la obra argensolista conviene tener en cuenta el estado de la cuestión que Isabel Pérez Cuenca ofrece infra (pp. 265-321). Ambos supusieron en ocasiones un santo y seña contra el culteranismo (caso de Lope), sobre todo en el siglo XVIII, a partir de Luzán. Su clasicismo fue alabado por casi todos sus coetáneos y se hizo patente con el correr de los siglos en las obras del conde de la Viñaza, Menéndez Pelayo y Fitmaurice-Kelly, entre otros.

tanto regional como nacional, con sesgos políticos y aun religiosos, como ocurrió en los años de la pasada posguerra.¹³

A su vez, el poeta José de Valdivielso, amigo de Lope, en otra aprobación al frente de las *Rimas*, rubricaba también el sentido del libro, puesto que Lupercio y Bartolomé eran “hermanos tan hermanos, que pudieran pleitear la hermandad y la colocación en el Zodiaco con los mellizos de Leda, por más uno, pues parece vivían *cor unum, et anima una*”. Claro que con la referencia mitológica y bíblica hacía algo más que sancionar la opinión de Lope, pues insistía en la pureza y elegancia de los dos poetas y “en lo conceptuoso de los pensamientos”, abundando en la dulzura de sus voces. Es evidente que todo ello redundaba en el predicado de una poesía que nada tenía que ver con la oscuridad y dificultad de los culteranos, sino con un modelo de llaneza expresiva y conceptual que era tan español como clásico.¹⁴

Los preliminares de las *Rimas* ofrecían además una nueva sanción del libro a cargo del poeta y cronista aragonés Francisco Diego de Sayas, que alababa también la publicación de la poesía de los Argensola, considerando que eran, como ya había presumido páginas antes Valdivielso, los nuevos hijos de Leda y Júpiter, Cástor y Pólux, unificando así la hermandad gloriosa en los frutos poéticos proporcionados por las *Rimas*, a la par que afirmaba:

Este volumen es de dos ardientes
leones, o Leonardos, asistido
sobre su fama superior valientes.¹⁵

¹³ Véase, por caso, Joaquín AZNAR MOLINA, *Los Argensola*, Zaragoza, Artes Gráficas Berdejo, 1939, cuya dedicatoria los muestra como “honor de la Literatura aragonesa y gloria de España”. Y véase el capítulo IV, cuyos epígrafes destacan su catolicismo y su amor a la patria.

¹⁴ En las *Rimas* hay otra aprobación del arcipreste de Zaragoza, Mateo Mirto de Vera (pp. 16-8), que sanciona también la edición de las obras de los dos hermanos, puesto que, a su juicio, “una es la cítara que suena lo acorde, lo igual de los ingenios, la consonancia de una y otra erudición unen las voces y hacen que se oya una misma armonía”. Los comparó también con los Geriones y alabó el estilo grave, sentencioso y puro, lleno de conceptos, sin afectación ni aparato. Vale decir, alejado del culteranismo al uso. A su vez, la carta del jesuita Gabriel Álvarez a Gabriel Leonardo que aparece en los preliminares destacaba, además de la erudición de los Argensola, su “raro ingenio, atinado juicio y particularísimo genio para la poesía española”, aventurando términos que luego serían patrimonio de Baltasar Gracián, como es evidente.

¹⁵ El león, señal cesaraugustana, fue utilizado, dormido y con los ojos abiertos, en una de las empresas de Bartolomé Leonardo, como defendiéndose de ataques y calumnias de las que podría vengarse. Así aparece en la portada de la *Conquista de las islas Malucas*. En el cuadro que le hizo Gabán aparece situado bajo una empresa con una corona real entretejida con otra de espinas. Respecto a Lupercio, también jugó en sus poesías amorosas con su apellido: “león ardo”.

Lo cierto es que, como decía el jesuita Gabriel Álvarez en la carta recogida en los preliminares, Lupercio y Bartolomé eran ese “par sin par, de poetas españoles” que había sido “baldón del siglo pasado, envidia del suyo y emulación del venidero”. Razones de peso con las que había instado anteriormente a Gabriel Leonardo a que sacara a luz las poesías para beneficio de todos. De ese modo, los versos de estos dos escritores, nacidos en Barbastro —primero Lupercio en 1559 y luego Bartolomé en 1561— corrieron parejas como sus vidas, pese a que la del primero acabara en 1612 y la del segundo se prolongara hasta 1631. Ello permitió a quien había sido rector de Villahermosa convivir en ambientes poéticos nuevos que iban transformando los gustos, pero también consolidar una fama propia que, en cierto modo, superó a la de Lupercio. Recordemos que aquella fue avalada por los numerosos manuscritos que recogieron su obra junto a la de otros poetas barrocos de corte clasicista, como Arguijo o Medrano.¹⁶ El sesgo satírico de Bartolomé Leonardo le permitió además agrandar el espectro de sus lectores. Claro que esa unión poética de los hermanos, también presente en todo lo referido a la historia, no se dio en otros campos como el teatral, aparte del gusto de Bartolomé por las comedias improvisadas al que nos referiremos luego, pues es bien conocido que fue Lupercio quien brilló con sus tragedias.¹⁷

La poesía de los Argensola perteneció a una generación gloriosa que comenzó a escribir en la década de los ochenta y de la que formaron parte Lope de Vega y Góngora. Vale decir, la constituida por un río que se bifurcó en dos corrientes opuestas y que generó batallas cruentas entre sus partidarios. En medio de ambas, el clasicismo de los poetas barbastrenses tuvo en Aragón sus propios seguidores, como es el caso de Martín Miguel Navarro y fray Jerónimo de San José, que se apartaron de las huestes culteranas para discurrir por cuenta propia, aunque los seguidores de Góngora fueran legión, al igual que ocurría en otros lugares de España e Hispanoamérica. Pero cabe recordar que el canon argensolista se mantuvo siempre vivo en tierras aragonesas, siendo los dos hermanos aragoneses, junto a Petrarca y Garcilaso, valores inamovibles y modelos a remedar en las justas poéticas y en las academias de su tiempo.

¹⁶ Bartolomé LEONARDO DE ARGENSOLA, *Rimas*, p. XLVIII. Para los manuscritos de este poeta en obras ajenas, véase José SIMÓN DÍAZ, *BLH*, XIII, nºs 224 y ss. y 1887 y ss.

¹⁷ Otis H. GREEN, *óp. cit.*, pp. 26-27, recoge los elogios que Cervantes, Lope, Espinel y Agustín de Rojas vertieron sobre las tragedias. Aparte habría que recordar el memorial que en 1599 escribió al rey para que se suspendieran las representaciones teatrales al morir la infanta doña Catalina, hija de Felipe II.

Desde esa perspectiva, habría que matizar mucho cuanto se refiere a la impronta de Bartolomé Leonardo en la poesía aragonesa de su tiempo, sobre todo tras su vuelta a Zaragoza desde Nápoles en 1616, pues, al sobrevivir a su hermano, se impregnó de una temática y unos conceptos más acordes con la estética del momento, aunque permaneciera fiel a una elocución clasicista. En ese sentido es evidente que su influencia se extendió mucho más allá de autores como los ya mencionados fray Jerónimo de San José o Martín Miguel Navarro, que no se dejaron llevar por la estética gongorina. Una mirada atenta a la poesía del siglo XVII ofrece en Aragón constantes muestras de un sincretismo que, por otra parte, también existió en el resto de la Península y en el que se ve claramente la fusión de Góngora, Quevedo y Lope en temas, motivos, conceptos y lenguaje. Imitación compuesta que, por otro lado, se hizo más evidente en el teatro, particularmente en el caso de Calderón y de sus seguidores.

Por otro lado, la presencia de la obra de los Argensola en las prensas zaragozanas del siglo XVII no debe suscribirse únicamente a la aparición de las *Rimas* de 1634, pues también publicaron otras obras, algunas de ellas de carácter histórico, aparte de la *Relación del torneo* que Bartolomé Leonardo hizo en 1630 y a la que aludiremos más adelante.¹⁸ De ahí la mirada poliédrica que exige el estudio de ambos, pues se corresponde con un humanismo en el que convivían todas las disciplinas.

El clasicismo de los Argensola, todo hay que decirlo, es parte de una formación que, en el caso de Lupercio, se vinculó primero a la Universidad de Huesca y luego a la de Zaragoza, donde el magisterio de Pedro Simón Abril le pondría en contacto con los clásicos grecolatinos. El hecho de que Bartolomé pasase después de Zaragoza a Salamanca agrandó, aún más si cabe, los referentes clásicos, al abrigo de unas escuelas en las que enseñaban fray Luis de León y el Brocense. Por otro lado, la posterior estancia napolitana agrandaría ese contacto al abrigo de una Italia en la que la literatura neolatina tuvo tantísimo arraigo. Lo cierto es que la sombra de Bartolomé Leonardo parecía alargar la de su hermano, si hacemos caso a lo que Cervantes dijo de

¹⁸ Véase la *Declaración sumaria de la historia de Aragón para la inteligencia de su mapa* (1621), que publicó Lupercio Leonardo, rubricando la petición que en 1607 había hecho a los diputados del Reino para que se formase dicho mapa. Él fue quien persuadió además a Juan Bautista Labaña para que llevase a término esa empresa. También publicó Bartolomé en las prensas zaragozanas la *Regla de perfección traducida del latín al castellano* en 1628, y dos años más tarde, la *Primera parte de los Anales de Aragón*, que proseguía los de Jerónimo Zurita. Para todo ello, José JIMÉNEZ CATALÁN, *Ensayo de una tipografía zaragozana del siglo XVII*, n^{os} 205, 278, 294-295 y 338.

ambos en *La Galatea* sobre su “sancta envidia y competencia santa”, como si el menor tratara de emular al mayor.¹⁹

Aunque la proyección de los Argensola fuera más allá de lo estrictamente aragonés, lo cierto es que ese clasicismo que los encumbró históricamente no puede deslindarse de la tradición autóctona de carácter humanístico que sostuvieron y mantuvieron anteriormente en Aragón autores de la talla de Juan Sobrarias, Juan Verzosa, Antonio Serón, Juan Lorenzo Palmireno, Antonio Agustín o Pedro Simón Abril, entre otros. En ese sentido, conviene situar también la factura de las tragedias de Lupercio Leonardo, *Isabela* y *Alejandra*, así como la perdida *Filis*, en el ámbito de una Universidad como la de Zaragoza, en la que ese género se resucitó al costado de un humanismo vivo que sin duda influiría en esas y otras obras suyas y de su hermano.²⁰

Unido a ello, su papel como historiadores y cronistas es fundamental para entender el conjunto de su obra, sobre todo porque se vinculó a una tradición iniciada desde presupuestos historiográficos modernos a partir de Jerónimo Zurita, cuya trayectoria sería luego secundada a distintos niveles por Blancas, Dormer, Andrés de Uztarroz y fray Jerónimo de San José, entre otros. Observador directo de la realidad, Lupercio fue un desmitificador de la historia, como lo fuera Zurita, pues no admitía que los sueños ni las fábulas viejas se mezclaran con ella, tratando de basarse en los documentos y trabajando siempre con rigor objetivo. En cierto sentido, bien podemos decir que Zurita fue a la historia lo que Cervantes en el *Quijote* a la novela de caballerías, al tratar de no confundir lo ficticio con lo verdadero.

Tampoco debemos olvidar cuanto supuso su testimonio en relación con las alteraciones de 1591 y la defensa de Antonio Pérez llevada a cabo por parte de ambos hermanos, redactando algunas de las cartas dirigidas a Felipe II por encargo de los dipu-

¹⁹ Bartolomé LEONARDO DE ARGENSOLA, *Rimas*, p. 1. La consideración del clasicismo de los Argensola venía de lejos y aparece en el conde de la Viñaza, óp. cit., pp. 9 y ss., quien habló no de imitación servil, sino de emulación, tal y como ya lo expresara Mayans en el siglo XVIII, al considerar que fueron émulos de Horacio; asunto que ampliaría más tarde, como es bien sabido, Marcelino Menéndez Pelayo en su obra *Horacio en España*.

²⁰ Para la valoración de esas tragedias, aparte la tesis de licenciatura inédita, leída en la Universidad de Zaragoza, bajo nuestra dirección, por Inés Ayala Sender, *Una aproximación a la obra dramática de Lupercio Leonardo de Argensola* (1983), es fundamental la recientísima edición de Luigi Giuliani Lupercio LEONARDO DE ARGENSOLA, *Tragedias*, Zaragoza / Huesca / Teruel, PUZ / IEA / IET / Gobierno de Aragón (“Larumbe. Textos Aragoneses”, 63), 2009.

tados de Aragón.²¹ Es tarea de los historiadores desenredar la madeja que tal circunstancia supuso no solo para los aragoneses en general, sino para los Leonardo en particular, por todo cuanto supone el bifrontismo de la fidelidad a los reyes y a las leyes.²² Recordemos que Lupercio se colocó del lado del justicia de Aragón en 1591 y fue consejero del duque de Villahermosa y del conde de Aranda en relación con los cruentos sucesos, lo que afectaría tanto a él como a su hermano en su futuro de cronistas, muchas veces censurados. La historia de los Argensola, como la de los aragoneses del siglo XVII, se vio afectada por aquellos acontecimientos que obligaron a una continua labor reivindicativa respecto a su fidelidad al rey, así como a contrarrestar las crónicas castellanas en cuanto a la visión que en ellas se daba de Aragón. Pensemos en las obras de Juan Francisco Andrés de Uztarroz, el obispo de Puebla, Palafox, y el propio Gracián. El asunto afectó también a la propia historiografía literaria, como se ve, por ejemplo, en la segunda versión de *Arte de ingenio*, pues la *Agudeza* graciana ofrecía un amplio abanico desplegado en numerosas muestras de literatura aragonesa, o, a otro nivel, el *Aganipe de los cisnes aragoneses* del susodicho Uztarroz, que vindicaba una historia literaria propia.

La fama de los Argensola no puede deslindarse, como ya apuntamos, de su situación privilegiada, tanto en la corte como en su tierra, donde ocuparon cargos de evidente prestigio, trabajando y codeándose con lo más granado, aparte su estancia napolitana, a la que aludiremos más adelante. Bastará recordar que Lupercio, además de secretario del duque de Villahermosa y luego de la emperatriz María, fue amigo, entre otros, del duque de Osuna y del de Lemos, que tanto le protegió. También fue gentilhombre de cámara del archiduque Alberto, hijo de la emperatriz María, al que acompañó en 1594 en su viaje a Lisboa. Su vida estuvo siempre en la órbita política

²¹ Véase por extenso Lupercio LEONARDO DE ARGENSOLA, *Información de los sucesos del Reino de Aragón en los años de 1590 y 1591*, ed. facs. con introd. de Xavier Gil Pujol, Zaragoza, Edicions de l'Astral / Justicia de Aragón, 1991. Lupercio aconsejó a Villahermosa y al conde de Aranda y se puso del lado del justicia de Aragón, como buen forista. Gil detalla la participación histórica de Lupercio en tales hechos, así como sus trabajos de historia (la traducción inacabada de los *Anales* de Tácito, la *Historia de la España Tarraconense* y otros como cronista a partir de 1599), llenos de objetividad (p. XXIX). Y véase pp. XII y ss., sobre el descontento de los aragoneses tras los hechos de 1591-1592. Fue un asunto que trascendió a lo literario, como prueba el *Marcos de Obregón* (1616) de Vicente Espinel.

²² El mismo Xavier Gil Pujol, en la ed. cit. de Lupercio LEONARDO DE ARGENSOLA, *Información de los sucesos del Reino de Aragón en los años de 1590 y 1591*, pp. XXIX y ss., ha señalado el difícil compromiso que suponía la lealtad al príncipe y a la patria junto a la fidelidad a los fueros aragoneses, así como su búsqueda de la objetividad en la historia. Y véase Lía SCHWARTZ, “Las alteraciones aragonesas y los Argensola”, en José MARTÍNEZ MILLÁN (dir.), *Felipe II (1598-1998): Europa y la monarquía católica*, Madrid, Parteluz, 1999, vol. II, pp. 815-827.

de su tiempo, por más que se retirara ocasionalmente a su rincón de Monzalbarba en 1603 a la muerte de la mencionada emperatriz. Al abrigo de las esperanzas cortesanas, no resistió a la tentación de marchar a Nápoles como secretario de guerra del conde de Lemos, gozosa prebenda a la que habían aspirado Cervantes y Góngora, entre otros, y que produjo en estos un sonado descontento.²³

Respecto a Bartolomé, aparte la mencionada protección de los Villahermosa, a los que sirvió como rector durante doce años —recomendado por don Fernando de Aragón—, y de su vinculación con la misma emperatriz María de Austria, de la que fue capellán, tuvo también el beneplácito del conde de Lemos, a cuya instancia escribió la *Conquista de las islas Malucas* (1609). Esas redes cortesanas le atrajeron evidentemente e incluso trabó amistad con el príncipe de Esquilache, aunque también mantuviera relación con Cervantes, Virués, Cristóbal de Mesa, Pedro de Valencia y otros escritores de su tiempo. A este respecto, es fundamental la proyección internacional implicada en la correspondencia que mantuvo con Justo Lipsio, con el que también se carteo su hermano. Téngase en cuenta que este era amigo de Andrés Scoto, que fue profesor de la Universidad de Zaragoza.²⁴ Ello les colocó en el ápice de mayor rango respecto a un humanismo que no solo se interesaba por cuestiones eruditas o mantenía una común devoción neoestoica, sino que se preocupaba por la marcha de Europa. Así lo confirma el epistolario de Bartolomé Leonardo con Lipsio, cuando el aragonés se quejaba de las guerras que la asolaban y que tanto afectaban al dinero que en ellas empleaban los españoles.²⁵ Por otro lado, la proyección internacional de Bartolomé se plasmaría posteriormente en las traducciones que se hicieron en el siglo XVIII al alemán, al francés, al inglés, y parcialmente al italiano, de la mencionada *Conquista de las islas Malucas*.²⁶

²³ Otis H. GREEN, óp. cit., pp. 57 y 99-100, alude al círculo de amistades de Lupercio Leonardo, quien también se carteo con el padre Mariana. Para su vinculación con los Villahermosa, pp. 30 y ss.

²⁴ *Ibidem*, p. 57.

²⁵ Alejandro RAMÍREZ, *Epistolario de Justo Lipsio y los españoles (1577-1606)*, Madrid, Castalia, 1966. Téngase en cuenta que Andrés Scoto, amigo de Lipsio, fue profesor de Lupercio Leonardo en la Universidad de Zaragoza. Y véase lo dicho por Gregorio Colás en la ed. cit. de Bartolomé LEONARDO DE ARGENSOLA, *Alteraciones populares de Zaragoza. Año 1591*, p. 12.

²⁶ José SIMÓN DÍAZ, *BLH*, XIII, n^{os} 1713 y 1714, para la ed. de 1891. Las traducciones, en 1753-1756 y 1742 respectivamente. También Otis H. GREEN, óp. cit., pp. 147 y ss. Fue obra escrita a impulsos del conde de Lemos, que consideró un triunfo suyo la reconquista de las islas de las Especias en 1606 por Pedro de Acuña. Véase ahora la ed. de Bartolomé LEONARDO DE ARGENSOLA, *Conquista de las islas Malucas*, pról. de Glòria Cano, Madrid, Miraguano, 1992. Como se señala en p. VII, la obra fue alabada por fray Jerónimo de San José en el *Genio de la*

El viaje conjunto a Nápoles en 1608 con el conde de Lemos les supondría cierto alejamiento de las letras españolas, aunque la fundación allí de la Academia de los Ociosos les permitiera recrear con nuevos perfiles, mucho más lúdicos, los momentos de la primera academia de Zaragoza en la que Lupercio marcara una perspectiva historicista que nunca desapareció del todo en otras academias aragonesas posteriores.²⁷ Recordemos que Bartolomé, todo un eclesiástico, se vistió de Proserpina para solaz de quienes contemplaron en tierras napolitanas una comedia improvisada de carácter festivo en el seno académico, aunque esa faceta parece debió de acompañarle en otras ocasiones, a juzgar por el humor que destilan algunas de sus poesías, particularmente las escritas en décimas. Cuando Lupercio murió en Nápoles, la Academia de los Ociosos hizo unas exequias en las que no faltaron poemas en latín y en italiano, además de una oración igualmente latina que se colocó en la puerta principal del salón en el que se celebraban sus sesiones.²⁸

Aparte del lugar de honor que ocupan sus escritos de carácter histórico, es cierto que la cultura de ambos hermanos y su relación con otros escritores y eruditos de su tiempo, como vimos en el caso de Justo Lipsio, fue bastante amplia y cosmopolita, sobre todo si consideramos que Bartolomé se entrevistó en Roma con Galileo y mantuvo correspondencia con él en 1616. Gracias a sus relaciones personales y a su cultura, los Argensola trascendieron con mucho la fama de los escritores aragoneses anteriores y posteriores, si exceptuamos la que, andando el tiempo, adquiriría Baltasar Gracián. Uno y otro se instalaron dignamente en la historiografía literaria, como un par inamovible que adquirió lógicamente particular relieve en el siglo XVIII.

La calidad de la poesía de los Argensola fue indiscutible, incluso entre los seguidores aragoneses de don Luis de Góngora, y llegó a pesar de tal modo que, en buena

historia. Es interesante el prólogo de Lupercio en ese libro, donde apoya a Bartolomé frente a los ataques recibidos por este, siguiendo el dictado platónico: “Bueno es tener al lado un hermano”.

²⁷ Téngase en cuenta además la vinculación de Lupercio a la Academia de Madrid (Otis H. GREEN, óp. cit., p. 47; y p. 93 para la de los Ociosos), en la que tuvo el sobrenombre de *el Bárbaro*, en atención a doña María Bárbara de Albión, su mujer. Sobre la primera academia de Zaragoza, nuestro trabajo “Las academias literarias aragonesas del siglo XVII”, en Aurora EGIDO (coord.), *La literatura en Aragón, Zaragoza*, CAZAR, 1984.

²⁸ La insertamos infra (p. 40), según la transcripción que aparece en las *Rimas de Lupercio Leonardo de Argensola*, Madrid, Imprenta Real, 1804, i, p. 46, nota del editor, quien incluye una “Vida” sucinta del poeta y remite también, para la de su hermano, al *Ensayo de una biblioteca de traductores españoles* de Juan Antonio PELLICER, Madrid, Antonio de Sancha, 1778. En dicha biografía, p. 44, se dice que la Academia de los Ociosos probó que Virgilio fue el mayor y más perfecto poeta, aludiendo también a los versos que Lupercio quemó en Nápoles. Y véase infra, pp. 187 y ss.

parte, no parece sino que la influencia de su obra contribuyera a que el culteranismo aragonés se atenuara en relación con el cultivado en otros lugares de España y América. El éxito alcanzado por ambos en su tiempo y sin haber publicado en vida libro alguno de poesía, como ocurrió con Góngora, nos obliga además a recordar que la poesía corría de boca en boca y de manuscrito en manuscrito, pese a la invención de la imprenta.

Respecto a la finalidad de su obra, pensemos que sus versos no fueron para ellos mero deleite, sino el resultado de un trabajo que abría paso a la filosofía moral y que implicaba, además del principio de utilidad, una tarea ardua, de lima y esfuerzo constantes, marcada por la premisa horaciana: “Lean mucho, escriban poco, amen borrar mil veces cada palabra”. Bartolomé Leonardo invocaba también en una de sus epístolas la necesidad de reducir lo superfluo y de adelgazar el estilo “como quien forma de una lanza un huso”, lo que implicaba eliminar cualquier tipo de ganga para ofrecer en ella solo lo esencial.

El hecho de que ninguno de los dos pretendiera publicar su obra poética sin tan siquiera configurarla como libro, hace que esta se caracterice por la variedad de sus composiciones así como por lo circunstancial y puntual de las mismas. Tendencia que, por otra parte, gozó de una rica tradición italiana y española de *rime sparze*, que se agavillaban después bajo distintos epígrafes temáticos y métricos, alejados ya de cualquier pretensión cancioneril o unitaria de tradición petrarquista.

A este respecto, creemos que la tendencia de los poetas aragoneses desde mediados del siglo XVII a la hora de publicar sus obras bajo el título de *Rimas* o *Poesías varias* fue, en buena parte, un homenaje al libro de los Argensola, tal y como lo dio a la imprenta Gabriel Leonardo de Albión en 1634. Así lo prueban los títulos de Juan de Moncayo, José Navarro o Alberto Díez y Foncalda, entre otros. Claro que ninguno de ellos ni de los posteriores, como el conde del Villar o Tafalla y Negrete, presumió, al igual que lo hiciera Lupercio, de haber quemado parte de su obra o de negarse a publicarla. Aun así, el hecho de que Bartolomé entregara sus poemas a su sobrino Gabriel no deja de suponer, como señalamos, un horacianismo a ultranza que tiene mucho de poética, pero también de legado que no pretende desaparecer en realidad del todo.

Para ellos el ejercicio de poeta suponía, aparte de una postura moral ante la vida, un bagaje considerable de erudición clásica y humanística que trataron de imitar en sus poemas y traducciones, así como en la prosa. Su concepción científica de la poesía implicaba, al igual que en Cervantes, una visión universal de la misma que le llevaba a ocupar un lugar destacado en el arco de las humanidades.

Horacio fue en ellos sustancial, tanto en la temática como en la elocución, pero también Marcial, Persio y Juvenal en las sátiras, donde su obra alcanzó sin duda el mayor relieve. Por otro lado, el modelo de la poesía garcilasista y su tradición ulterior aparece constantemente en sus metros y temas, así como en el ámbito mitológico que envolvió su poesía. Aparte cabría considerar la huella de la emblemática de Alciato en su obra, tan importante, por otro lado, en el arte aragonés de su tiempo. No hay que olvidar además la tradición marcada por la epístola, que inaugurara Boscán en nuestras letras y que tanto cultivaron ambos hermanos, género en el que fueron auténticos maestros. Petrarca y el neoplatonismo de corte ficiniano estuvieron presentes en la poesía de Lupercio, contenida y medida en su vertiente amorosa, aunque no faltaran en ella concesiones al sensualismo de un Catulo. Todo quedaba entrevisto bajo el prisma de los clásicos y la renovación supuesta por la poesía italianizante, pero los Argensola también rindieron tributo a los versos octosilábicos de corte cancioneril, que cultivaron con evidente gracia, aparte la evolución en temas y motivos que marcaron su filiación a los nuevos gustos del Barroco, particularmente en el caso de Bartolomé Leonardo.

En Lupercio es evidente la ironía con la que atacaba en sus sátiras, poniendo freno a las pasiones o denunciando las miserias humanas. Un modo juicioso y prudente se deja ver en toda su poesía, incluida la religiosa y la festiva, siempre a la zaga de una circunstancia particular o especial, sobre todo en el plano de lo político. La poética del mayor de los Argensola cristalizó particularmente en la “Epístola a don Juan de Albión”, donde asentó las premisas de una poesía que nace de la soledad, el estudio y la lima, a la busca de un doble fin de deleite y provecho.²⁹ El poema debía surgir tras un costoso y largo proceso de depuración, e incluso “debajo techo humilde y pobres lares”, lejos del bullicio cortesano. De ahí además la necesidad de estilización en lo formal, pues todo es fruto de una labor constante, no exenta de humildes presunciones que fijaban los términos en los que surgía la invención:

Yo nunca supe en término preciso
 escribir cuatro versos concertados
 sin hacer, como otros, libros de improviso.³⁰

²⁹ Lupercio LEONARDO DE ARGENSOLA, *Rimas*, p. 69.

³⁰ *Ibidem*, p. 71. La carta lleva además denuncias contra los vicios y la proclamación de una dorada medianía. Otros poemas destilan un evidente desengaño así como la necesidad de desenmascarar la mentira y la hipocresía (pp. 88 y ss.). Y véanse los sonetos satíricos de pp. 106-108.

El *vir bonus dicendi peritus* de la retórica ciceroniana valía también para el poeta, cuya moral se proyectaba además en los temas y asuntos elegidos. Un “decir propio y puro”, lleno de agudas e ingeniosas sentencias, al que aludiría más tarde Francisco de Cascales, propiciaba en la unión de la sátira con la filosofía moral.³¹ De ahí que ética y estética se unieran en la denuncia de los vicios, ya fuesen de obra o de palabra, y en el logro de una fama alcanzada con dignidad y esfuerzo.³² No en vano la poesía de Lupericio estaba cargada de elementos neoestoicos relacionados con la finitud de la belleza y de la vida, así como con las cuestiones relativas a la fortuna y a la fama.³³ Ello nos hace ver hasta qué punto, y pese a todas las diferencias elocutivas con Quevedo y Lope, pero sobre todo con Góngora, Lupericio coincidió con ellos en la traza de asuntos y conceptos en los poemas filosóficos y en los satíricos o amorosos, abundando en los temas del engaño, la mudanza y las apariencias.

Como señaló Karl Alfred Blüher, la imitación de Horacio acarrió en la lírica renacentista una actitud estoica ante la vida que se identificaba con una sabiduría vital ecléctica de cuño clásico-romano, patente no solo en los Argensola, sino en poetas de la talla de fray Luis de León, Herrera, Francisco de la Torre o Juan de Arguijo, entre otros.³⁴ A este respecto, es evidente la influencia de Séneca en las tragedias de Lupericio, tan alabadas por Cervantes en el *Quijote*.³⁵

En sus sátiras, el mayor de los Argensola trató de denunciar las lacras morales de su tiempo, particularmente las que crecían en el ambiente cortesano y palaciego. Y lo hizo con pluma acerada, aunque sin la mordiente de un Quevedo o de un Góngora. Por otra parte, ni el pesimismo absoluto ni la melancolía profunda parecen agostar los versos de

³¹ Antonio PÉREZ LASHERAS, *Fustigat mores: hacia el concepto de la sátira en el siglo XVII*, Zaragoza, PUZ, 1994, p. 9. Y véase pp. 198-199, sobre la diferencia entre la sátira gongorina y quevedesca y la de los Argensola, que nunca entraron en el terreno de la injuria y la difamación. Para el hombre virtuoso, Lupericio LEONARDO DE ARGENSOLA, *Rimas*, pp. 113 y ss.

³² Tales presupuestos van unidos a la obsesión etimológica por la palabra precisa. Véase *ibidem*.

³³ Véase al respecto la introducción de José Manuel Bleuca a las *Rimas*, *ibidem*, pp. xxvi-xxvii. Este fue menos sarcástico y censorino que Horacio, pues estuvo preocupado por la sentenciosidad grave y moral.

³⁴ Karl Alfred BLÜHER, *Séneca en España: investigaciones sobre la recepción de Séneca en España desde el siglo XIII hasta el siglo XVII*, Madrid, Gredos, 1983, p. 302.

³⁵ Karl Alfred BLÜHER, *ibidem*, p. 325. El senecismo se apunta sobre todo en la *Alejandra*, dependiente de la versión de *Marianna* (1565) del traductor de Séneca al italiano Ludovico Dolce. La loa con la que Leonardo encabezó las tragedias se inspiró en el prólogo a la *Orbecche* (1541) de Giraldo Cinthio. Blüher muestra evidentes paralelismos entre el senecismo argensolista y *El trato de Argel* y *El cerco de Numancia* cervantinos.

Lupercio, que, por su formación humanística, trató de remontar las miserias humanas gracias al ejercicio de una *virtus* que se plasmaba de igual modo en lo vital y en lo literario. La abrumadora presencia de poemas publicados en los preliminares de libros ajenos, dirigidos a nobles o personas destacadas, nos habla del doble perfil de un Lupercio afecto al panegírico y a la sátira, a veces cruel, como la dedicada a una vieja (p. 206), aunque la situara siempre en el territorio de la abstracción personal, menos comprometida.

Los temas del amor y de la amistad configuran una filografía imbuida de argumentación filosófica, como ocurre con el tema platónico de la transformación de los amantes.³⁶ En Lupercio el amor aparece más como un concepto que como un sentimiento, pues la imitación de los modelos clásicos marca distancias evidentes respecto a la cuestión tratada en el terreno de las pasiones, que cobran siempre un alto grado de objetivación. De ahí que sea tal vez en los poemas octosilábicos donde haya más rescucios de vida, pues, en general, su poesía parece aferrarse no solo a los modelos, sino a la circunstancia particular o de carácter histórico que impulsa el poema. La ligereza de sus redondillas y también la de las décimas no deja de ser interesante al respecto, como prueba la que sigue:

Estoy, Filis, de tal suerte
después que te he dado el alma
que vivo penando en calma,
temiendo solo el perderte;
no me des, mi bien, la muerte
con desdenes ni con celos,
pues ya me cuestas desvelos
soñándote entre mis brazos,
mas con tan dulces abrazos
los desvelos son consuelos.³⁷

En Lupercio la gravedad no estaba reñida con la prudencia esperanzada de un Horacio o de un Fray Luis, que le instaban a la búsqueda de la soledad y el apartamiento, a la par que a la de la palabra certera y precisa. Ello le permitía la formulación exacta del concepto que quería expresar, ajustándolo estrechamente al ritmo del metro

³⁶ Lupercio LEONARDO DE ARGENSOLA, *Rimas*, p. 114, para la amistad. Y véase Guillermo SERÉS, *La transformación de los amantes*, Barcelona, Crítica, 1996.

³⁷ Lupercio LEONARDO DE ARGENSOLA, *Rimas*, pp. 228-229.

utilizado.³⁸ No en vano Gracián hablaba de su poesía y de la de su hermano como si saliera de dos laúdes acordes, que mostraban sobre todo sus mejores notas en los tercetos, donde, a su juicio, eran los mejores del mundo.

La unión de *verba* y *res* así como el acuerdo entre concepto y ritmo parecen ser una constante en sus versos. Por todo ello, convendría situar la obra de ambos en el anchísimo campo de la poesía conceptual a la que los dos pertenecen por derecho propio. Y, en ese sentido, ocupan un lugar dignísimo en ese ámbito que Luis Cernuda, al hilo de su lectura de los metafísicos ingleses, echaba de menos en nuestros lares.³⁹

Pensemos sobre todo en aquellas composiciones que plantean cuestiones de tipo filosófico, como cuando Lupercio distingue entre amor y apetito. Capítulo aparte sería el de la poesía dedicada a temas de tipo científico, como su poema en alabanza del libro *Teoría y práctica de fortificación* (Madrid, 1598) de Cristóbal de Rojas, o aquellos que expresan un efecto óptico, cuando ve reflejada su imagen en el espejo de una dama ante el tocador.⁴⁰ En ese sentido, no deja de tener gracia su sátira (casi picassiana) “A una dama bizca”, donde prueba una maestría evidente a la hora de utilizar imágenes hiperbólicas que configuran un sentido geométrico y desmesurado del concepto, digno de mención:

Vista la redondez del hemisferio
y que un gobierno solo no bastara,
dividieron el cetro y la tiara,
y en dos partes partieron el imperio.

Este partir, que no fue sin misterio,
hermosísima bizca, nos declara
la perfección que vemos en tu cara,
ocupada en diverso ministerio;

³⁸ En las *Rimas de Lupercio Leonardo*, ed. cit. de 1804, pp. 9 y ss., el prologuista anónimo acertó precisamente no solo al encarecer en ambos hermanos la pureza y propiedad de su lenguaje, así como el “gusto y tino en la elección de las palabras” o la susodicha habilidad métrica, sino el empleo juicioso de tropos y figuras, que confería “un realce extraordinario al pensamiento más común”. Es interesante esa visión del ingenio que parecía brotar de una lectura de la *Agudeza* por parte del prologuista, al remarcar que Lupercio expresó conceptos nuevos y extraordinarios con las palabras necesarias, graves y proporcionadas.

³⁹ Sobre ello, véase el capítulo final, dedicado a Cernuda, en nuestro libro *El Barroco de los modernos: despuntes y pespuntes*, Valladolid, Universidad de Valladolid (Cátedra Miguel Delibes) 2009.

⁴⁰ Lupercio LEONARDO DE ARGENSOLA, *Rimas*, p. 123, sobre amor y apetito; p. 194, para el libro de Rojas; y p. 84 acerca del susodicho efecto óptico.

porque así como al mundo fue decente
para tener los súbditos delante
repartir las potencias y la gente,

así, señora, es bien que en un instante
con el un ojo mires al poniente
y con el otro mires al levante.⁴¹

Lupercio ocupó además muy pronto un capítulo relevante en la poesía descriptiva, que tanto desarrollo tendría a partir de las silvas de Góngora y otros poetas del Barroco, según reflejan los tercetos que dedicó a Aranjuez en el poema ya mencionado, lugar paradisíaco en el que la naturaleza se mezclaba con el arte.⁴²

Capítulo aparte merecerían sus traducciones, en particular el *Epodon* de Horacio “*Beatus ille*”, y otros *Carmina*.⁴³ El ejercicio de la *translatio* no deja de ser además un diálogo con el pasado clásico, que se refuerza en las epístolas dirigidas a los amigos, dentro de unos parámetros de correspondencias eruditas y afectivas que llevan siempre el sello de la filosofía moral. En ellos no falta el lazo fraterno que se anuda en la carta a Bartolomé, cuando era rector de Villahermosa, y que Lupercio escribió desde el vientre de la ballena cortesana representada por Madrid:

¡Qué gozo me quitaste, dura ausencia,
de las prendas del alma, dos hermanos
a cuya edad desmiente la prudencia!

Lupercio cultivó la poesía circunstancial celebrativa, desmintiendo, siquiera parcialmente, su pretensión de no ser divulgado, siendo afín al *genethliacon* o poesía premonitoria y jubilosa a un nacimiento, y al epitalamio; vinculados, en ambos casos, a la nobleza o a la temática de carácter político.⁴⁴ Pensemos en el poema que trata de

⁴¹ *Ibidem*, p. 228. Y véase la tremenda sátira contra la mujer víbora en p. 206, o el poema dedicado a la alcahueta en p. 108, dentro del tópico de la *vetula*, que tan bien ha estudiado Lía Schwartz.

⁴² Sobre ello, nuestro estudio, *La poesía aragonesa del siglo XVII (raíces culteranas)*, cit. En ese poema, incluido en el libro ya mencionado Juan de TOLOSA, *Aranjuez del alma*, Zaragoza, 1589, Lupercio se refería a la mezcla de la Arcadia clásica con el arquetipo cristiano que ese lugar, construido “en la mitad de España” por Carlos V y luego mejorado por Felipe II, ofrecía, pues, entre los jardines, se había levantado una casa rematada con la figura de los evangelistas. Véase el poema en cuestión en Lupercio LEONARDO DE ARGENSOLA, *Rimas*, pp. 153 y ss.

⁴³ *Ibidem*, pp. 177 y ss.

⁴⁴ Véase *ibidem*, pp. 163 y ss., el epitalamio al marqués de Ossera; y pp. 170-171 y 183, con versos dedicados a las bodas de la infanta Catalina o al nacimiento del conde de Aranda.

la clemencia de Felipe II en 1592, tras las alteraciones de Aragón y la pérdida de los fueros, o en los versos dedicados a reliquias y mártires, con otros relacionados con cerámenes sacros.⁴⁵

A su vez, Bartolomé Leonardo, en lo personal de su estilo natural y correcto, sin la oscuridad ni el retorcimiento sintáctico de otros poetas de su tiempo, aparece siempre como modelo del esfuerzo por encontrar el adjetivo exacto y la imagen precisa, dentro de una claridad que trató de expresar el contenido sin afectación ni excesos cultos. Por su cronología, el esfuerzo resulta aún más significativo, ya que nunca salió al ruedo de las novedades culteranas que afectaron incluso a los contrincantes de Góngora, como Lope, Quevedo o Jáuregui; sobre todo si consideramos que, en su etapa final zaragozana, hasta las justas poéticas se hacían eco de la nueva poesía.

Fiel al genio e ingenio de los antiguos, la poesía de Bartolomé Leonardo, aunque presenta semejanzas respecto a la de su hermano en la voluntad de afiliarse a los clásicos y hacer fácil y asequible lo erudito y difícil, tiene sus propios relieves de fondo y forma.⁴⁶ Pensemos, por ejemplo, que, a pesar de todas sus ínfulas morales, la poesía de Bartolomé trató de superar en mayor grado que la de su hermano las pretensiones éticas, así como deleitar a los lectores con la cadencia y la armonía de sus versos. Se trataba de apurar hasta el máximo los resortes de *dulzura* que se habían ido prodigando a partir de Garcilaso. No olvidemos además que, en el testamento poético que legó a su sobrino Gabriel al dejarle la custodia de sus papeletas, le comunicaba su deseo de que le sirvieran para “su entretenimiento”, insistiendo en la “curiosidad y gusto” con los que las había escrito.

Sin dejarse llevar ni por la brevedad ática ni por el asianismo, su estilo contenido y medido parece adelantarse a no pocas de las pautas marcadas un siglo después por

⁴⁵ *Ibidem*, pp. 66 y 168-169, 135 y ss., 145 y ss., y 150-152. Para el certamen religioso, pp. 217-219; y pp. 247 y ss. para el dedicado al cardenal Xavierre. No deja de ser curiosa también la reminiscencia caballeresca del romance “Por las montañas de Jaca”, dedicado a Lupercio Latrás, donde Lupercio mostró evidentes habilidades, también presentes, como decimos, en sus décimas. Sobre ese tema jacetano, véase ahora Antonio PÉREZ LASHERAS, *Sin poner los pies en Zaragoza (algo más sobre el Quijote y Aragón)*, Zaragoza, Rolde, 2009, pp. 163 y ss.

⁴⁶ José Manuel Blecua, en su introducción a Bartolomé LEONARDO DE ARGENSOLA, *Rimas*, señaló cómo parece que, al igual que ocurriera con Góngora, el poeta aragonés fue recogiendo su obra a instancias de su amigo Martín Miguel Navarro, que iba a añadir anotaciones a cada poema. Ello parece deducirse de la gran cantidad de manuscritos en los que se difundió su poesía, como ya hemos dicho. No faltan, sin embargo, testimonios de su falta de ganas de imprimirla. La expectación que creó la posible publicación parece evidente (*ibidem*, p. xx). Blecua presupone que las versiones de las *Rimas* de 1634 se atuvieron a las últimas que dejó su autor.

el Neoclasicismo.⁴⁷ No olvidemos que, en ese aspecto, la *Poética* de Luzán, publicada en Zaragoza en 1737, cuando este volvió de Nápoles, suponía un hilo de continuidad con ese clasicismo que había permanecido vivo en Aragón durante los siglos XVI y XVII, sin menoscabo de otras corrientes opuestas más modernas. Lo que sí es cierto es que la facción de los clasicistas y el empeño de Martín Miguel Navarro en publicar la obra de los Argensola a la altura de 1634 eran todo un signo de alerta respecto a la necesidad de buscarlos como modelo de un tipo de poesía que no tenía mucho que ver con la vigente por esos años en Aragón y otros lugares de España y América.

Un justo medio vital y literario presidió la obra de Bartolomé Leonardo, que buscó siempre un lenguaje discreto y eficaz impregnado de un ideal humano lleno de filosofía moral. La dorada medianía y la alabanza de aldea se fundieron en su obra con otros temas neoestoicos y escépticos, propios de la poesía barroca, como el dedicado a una calavera, y otros de sesgo científico, caso del poema que escribió sobre el cometa.

Capítulo aparte sería el de la impronta que su figura tuvo en Aragón a partir de su regreso a Zaragoza en 1616 y que, como apuntamos, merecería una consideración especial, aunque es evidente que los dos hermanos se convirtieron tempranamente en clásicos de su tierra, al igual que Marcial y Prudencio. A su vez, la fuerza moral y política de sus figuras al participar en los hechos de Antonio Pérez, así como la continuación de los *Anales* de Zurita y la relación de la conquista de México, nos hablan, por otro lado, de un claro intento de situar la historia de Aragón en un contexto europeo y americano que trataba de revisar la historiografía al uso en Castilla.

La obra de Bartolomé, sabio en las disciplinas humanísticas, y que, como ocurriera con el mencionado jesuita, se mantuvo completamente al margen de cuanto significó la comedia nueva, nos lo muestra como un hombre celoso de su intimidad, que puso distancia en lo amoroso al trasladar sus sentimientos, aunque estos no estuvieran exentos de sensualidad y belleza. Paradoja que se da igualmente en otros muchos autores de su tiempo que pertenecieron a la clerecía, como fue el caso de Góngora o el de un Lope convertido en sacerdote al final de su vida.

Las sátiras de Bartolomé gozaron de una evidente fama, que se amplió con la riqueza de las traducciones que hizo de los clásicos, siempre al lado de un Horacio, o de

⁴⁷ En el mencionado prólogo a las *Rimas* de Lupercio Leonardo (1804), el anónimo prologuista asumía así la dicción de los dos hermanos: “pura, elegante y muy poética; sus epítetos muy propios y expresivos, su versificación llena, armoniosa y corriente con una facilidad extraordinaria, sus sentencias frecuentes sin afectación”.

un Virgilio en asuntos relacionados con la naturaleza.⁴⁸ Con los pies puestos en la realidad histórica de su tiempo, trazó en sus versos el desfile de figuras deformes y grotescas que componían sus vicios. Su clasicismo corrió parejas con el de ese humanismo tardío que proliferó luego en Quevedo, Tamayo de Vargas o González de Salas, y que fue acompañado de las traducciones de Séneca, Marcial y Persio. Los tercetos de Bartolomé a Fernando de Soria Galvarro hablan precisamente de dos corrientes estilísticas que cultivaron el aforismo: una que se apoyaba en Tácito, Plinio el Joven y Séneca, y otra que se cifraba en los modelos de Cicerón, Virgilio y Horacio.⁴⁹ Él se decantó por un equilibrio que no se cifraba en la “brevedad jaculatoria” excesiva, plasmada en las sentencias.

El conocimiento que tenía del latín y del griego le permitió acercarse a la cultura clásica con un conocimiento de causa que se echa de menos en sus coetáneos, a no ser que pensemos en Martín Miguel Navarro, que compuso versos en la lengua de Safo. Ello se acusó particularmente en el terreno de la sátira en prosa, con *Menipo litigante*, *Demócrito*, *Dédalo* y *Diálogo de Luciano entre Mercurio y la virtud*.⁵⁰ Bartolomé gustó también de la poesía descriptiva y de la de circunstancias, afín a lo religioso y, en este caso, algo más sentida en principio que la de su hermano.

Uno y otro representan la mejor vertiente de lo que Blecua calificó como “gusto neoclásico dentro del Barroco”. Aspecto que no debe olvidarse, más allá de la tradicional dicotomía que simplificó historiográficamente la lucha entre culteranos y conceptistas, pues afectó también a otros muchos poetas de su tiempo, como Arguijo, Caro o Medrano.⁵¹ Todos ellos, incluso los cultos, fueron en realidad conceptistas, de ahí que Gracián los analizara sin distinciones en la *Agudeza*, aunque luego tuviera una evidente predilección por Góngora, el más citado en ella, como bien se sabe. No es por eso extraño que en la edición de las *Rimas* que hizo la Imprenta Real en 1804 se dijera de ambos hermanos: “hablan al entendimiento”.

⁴⁸ Para todo ello, en particular, Lía SCHWARTZ, “Bartolomé Leonardo de Argensola: las voces satíricas de un humanista aragonés”, *Calíope*, 8/2 (2002), pp. 51-74.

⁴⁹ Karl Alfred BLÜHER, *Séneca en España*, pp. 414-415, señala que Bartolomé, anterior a los mencionados Quevedo, Vargas y Salas en una generación, describió en esa epístola dos corrientes estilísticas opuestas marcadas por los autores citados, en relación con la corriente aforismática.

⁵⁰ Obras que pronto verán la luz de la mano de Lía Schwartz. Véase, de esta misma autora, “Modelos clásicos y modelos del mundo en la sátira áurea: los *Diálogos* de Bartolomé Leonardo”, en Manuel GARCÍA MARTÍN (ed.), *Estado actual de los estudios sobre el Siglo de Oro*, Universidad de Salamanca, 1993, pp. 75-93.

⁵¹ Para ello, la introducción de Blecua a Bartolomé LEONARDO DE ARGENSOLA, *Rimas*, p. XLVIII.

Bartolomé utilizó la forma poética de la canción, del soneto y, en particular, de las epístolas en tercetos, que serían predominantes en sus *Rimas*, aunque no faltara en ellas el ejercicio de la décima y de la redondilla, siempre presidido por la perfección estilística. Tanto él como su hermano dibujaron en el horizonte unos presupuestos de cultura humanística universal que incluso se trasluce en los poemas arraigados en la temática propiamente aragonesa o en la de carácter religioso.⁵² A propósito de este último tipo de poesía, conviene señalar el catolicismo que se desprende de su obra, incluidos sus ataques contra la herejía, o el programa de conversión que subyace en la mencionada *Conquista de las islas Malucas*.

Los relieves de universalidad ya mencionados no estuvieron reñidos en los Argensola con una continuada atención respecto a la historia y a la política de su tierra. La intervención prudente de Lupercio y la adhesión de Bartolomé, al mediar cautelosamente ante Felipe II respecto a las consecuencias de los sucesos de 1590 y 1591, son un buen ejemplo de esa doble faz ya aludida, que no les impidió sin embargo obtener puestos de responsabilidad, tanto en la corte como fuera de ella.

Cuando en 1630 pasó por Zaragoza la hermana de Felipe II, ya reina de Hungría y de Bolonia, Bartolomé Leonardo fue el encargado de relatar los fastos ciudadanos. La ocasión le permitió dar testimonio de “la Grandeza de las Armas de Aragón, y el Valor de los Aragoneses” en unas lides caballerescas de larga tradición autóctona. Como “clérigo en Armas”, el canónigo zaragozano dio puntual detalle de la fiesta en el estilo prolijo de la *Conquista* y de las crónicas, haciendo la *Relación del torneo de acavallo con que la Imperial Çaragoça solemnizó la venida de la Serenísima Reyna de Ungría y de Bohemia Infanta de España*.⁵³

Bartolomé Leonardo trazó además en esa relación la historia bélica de Cesa-raugusta y los términos del torneo en todas sus aristas, mostrando hasta qué punto no fue arbitrario el destino de Don Quijote cuando se encaminó al coso zaragozano, aunque no llegara a él nunca, como hemos mostrado en otra ocasión. De ese opúsculo

⁵² El aragonismo de Bartolomé se redobló a su vuelta en 1616 a Zaragoza, donde además debió de dejar una impronta poética que convendría estudiar con más detalle, como señalamos, en el ámbito de las influencias en otros poetas, tanto culteranos como classicistas. Aparte sus obligaciones de cronista y otras obras, como la traducción de Simón Metafrastes, que tituló *Memorias de la gloriosa Isabel, infanta de Aragón y reina de Portugal, y vindicación de la tradición de ser su patria Zaragoza*, en torno a una figura señera en la historiografía aragonesa que restauró en su tradición Ángel San Vicente.

⁵³ Zaragoza, Juan de Lanaja, 1630. Y véanse, más adelante, pp. 233 y ss.

resalta la descripción del teatro ciudadano en el que la alegoría de Zaragoza se levantó por tramoya para dirigirse a la persona real. Y otro tanto ocurre con el desfile de los nobles caballeros, ricamente aderezados y con escudos de letras alusivas, pintadas en colores, que parecían cosa de tiempos remotos.

Bartolomé resucitaba con esa pieza descriptiva no solo la antigua tradición alegórica entremesil de la Aljafería, con motivo de las coronaciones de los reyes de Aragón, sino aquellas “invenciones” aragonesas que añorara Jorge Manrique en las *Coplas a la muerte de su padre el maestre don Rodrigo*, probando que el mundo literario de la caballería andante todavía estaba vivo orillas del Ebro a la altura de 1630. En dicho panorama, no deja de ser curiosa además la alianza entre Aragón, Castilla y Alemania, representadas por personajes con tarjetones y motes a la vieja usanza. Testimonio, todo ello, de un gusto caballeresco *a lo humano*, que terminaba con un trono de la Religión Católica frente a las ventanas del rey, para dar prueba de una adhesión fiel de la ciudad en todos los planos.

El desfile de la nobleza aragonesa daba fe, en este caso, de una ostentación bélica que debió de ser del agrado de los participantes en aquel jubiloso torneo, seguido de una comedia a la que también asistieron los reyes. Bartolomé sobrepasó en este relato los límites de cronista, al servirse de una prosa panegírica llena de lujos retóricos, muy alejada del estilo grave y contenido de sus versos.

Por último, quisieramos aportar un dato desconocido y que ilumina, en buena parte, tanto la obra de los Argensola como la de Gracián. Y no me refiero únicamente a la aparición de ambos en la *Agudeza* y en *El Criticón*, sino a la evidencia que se apunta en la primera de esas obras sobre el conocimiento personal que el escritor belmontino tuvo de Bartolomé Leonardo. El encuentro entre ambos debió de ocurrir en Zaragoza, entre 1623 y 1627, antes de que Gracián se fuera a Gandía, e ilumina con nuevos destellos el anchísimo campo del horacianismo del que tanto los hermanos Argensola como el mismo jesuita formaron parte.⁵⁴ El hecho de que el jesuita aludiera al “museo” de Bartolomé Leonardo hace aún más interesante la cita graciana, por lo que implica de la existencia ya no solo de una biblioteca particular del entonces canónigo zaragozano, sino de un gusto que lo emparentaría con Lastanosa y otros muchos eruditos de su tiempo, como los mismos Villahermosa o los Aranda, que guardaban en sus casas o palacios todo tipo de antigüedades y testimonios artísticos.

⁵⁴ Sobre ello, nuestro trabajo “Horacio y Gracián: ponderación crítica del *Beatus ille*”, cit., p. 26.

Como ocurre con el patio renacentista de la casa Zaporta en Zaragoza, donde, por cierto, vivió Lupercio Leonardo con su esposa, la obra de los Argensola es un claro ejemplo de esa universalidad humanística en permanente contacto con Italia que no dejó por ello de ser fiel a sus raíces.

La celebración en 2009 de los 450 años del nacimiento de Lupercio, más allá de la natural devoción humana por los números redondos y los centenarios —incluso fraccionados por la ocasión—, puede y debe obligarnos a una nueva lectura y a una revisión crítica de la obra literaria e histórica de los Argensola, hecha con todo el rigor que merece y desde una perspectiva multidisciplinar acorde con la misma. Pero también nos invita a trasladar a nuestros días los valores de un humanismo en peligro que debemos rescatar y actualizar por todos los medios a nuestro alcance, sin que ello suponga ni muchísimo menos renunciar a cualquier proyección renovadora, educativa o artística que mejore nuestro presente y se proyecte hacia el futuro.

*Oración latina que la Academia de los Ociosos dedicó a la muerte
de Lupercio Leonardo de Argensola en Nápoles*

Lupercio Leonardo Argensolae:
Joannis Maximiliano Caesari a secretis
filio:
apud Mariam Augustam, Albertum,
Ernestumque filios
in eodem munere
paternae fidei aemulatori:
Petri Fernandi de Castro
in neapolitano regno proregis
scriniorum praefecto:
mira in arduis maximisque negotiis
obeundis dexteritate:
animi candore, ingenii felicitate,
universo scientiarum genere
praeclarissimo,
Academia Otiosorum, tanto orbata filio,
monumentum doloris.